

Miércoles III de Pascua



17 de abril de 2024

Hech 8,1-8

Sal 65

Jn 6,35-40

P. Eduardo Suanzes, msps

En el evangelio de ayer Jesús se había presentado como dador de pan; ahora (continuando con el relato) se identifica con el mismo pan: él mismo se da a sí mismo como pan. Comerlo significa, por tanto, dar adhesión, asimilarse a Jesús. Así se obtiene la calidad de vida que lleva al hombre a su plenitud¹.

Ese pan que dura es el amor, concretado ahora en Jesús mismo como don de amor. La unión a él comunica la vida de Dios al mundo. Él es el pan que Dios ofrece a los hombres y Jesús asegura que en él, en ese pan, encuentra el hombre su satisfacción plena.

Fíjense que no centra Jesús en el discurso la búsqueda de la propia perfección, como se pudiera uno imaginar: sino en el don de sí mismo. Otra vez, servida en la mesa, la paradoja del evangelio: en el dar, en el darte a ti mismo, te encuentras a ti mismo, te realizas como ser humano, como hijo de Dios. Mientras la perfección es abstracta y tiene una meta tan ilusoria y tan lejana como la que señala la propia ambición, **el don de sí mismo es concreto y puede ser total, como el de Jesús**. Si uno centra su vida en su propia perfección nos vamos edificando nuestro propio pedestal. Por el contrario, si uno se centra en la donación de sí, uno se pone al servicio de los demás y crea la igualdad en el amor.

Mucha gente me pregunta cómo discernir cuál es la voluntad de Dios en tal o cual circunstancia. Y yo les respondo (y me respondo) que la voluntad de Dios es siempre aquella que me lleva por la donación de sí, porque eso es siempre lo que me realiza como ser humano, lo que me hace feliz; y Dios no puede querer otra cosa para mí.

Continuando con el Evangelio, a veces nos pasa también como aquellos a los que Jesús está hablando. Desean el pan que ofrece Jesús, pero no dan el paso; no se acercan a él. Desean un don suyo, **pero no el de la propia persona**; se mantienen a distancia. Pretenden separar el don del amor que contiene, haciéndolo perder su sentido. Por eso quieren recibir, pero se niegan a amar. Y eso es lo que también revelamos nosotros con nuestro comportamiento: que preferimos mantenernos a distancia, a salvo, con tal de no recibirlo con todas sus consecuencias: porque recibirlo supondrá entregarlo, ser portadores de él mismo. Lo que Jesús quiere transmitir es la vida definitiva, que se identifica con el Espíritu (alimento que en él se contiene); la condición para recibirla no es la aceptación de una doctrina que él proponga, sino la adhesión a su persona: ése es el *quid* de la cuestión.

¹ Cfr. JUAN MATEOS Y JUAN BARRETO. *El Evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1982

En Juan, lo que Jesús es y representa es lo que Dios es, es La Vida que se hace explícita para suscitar Vida. Y esto se realiza mediante la entrega del Ser-Vida propios, simbolizados en «*Yo soy el pan de la vida*». En los evangelios se habla siempre de una donación que proporciona vida, que alimenta la vida de la persona (de ahí el símbolo del pan), que le ayuda a crecer incluso más allá de la dimensión física (de ahí la referencia a la vida eterna).

Esta donación se da siempre desde un «abajamiento», pues no es posible integrarse en lo que está tirado quedándose en la altura, no es posible integrarse en lo que está roto manteniéndose en la compostura, no es posible integrarse en lo que está sucio manteniéndose en la limpieza, no es posible integrarse en lo que está sufriendo manteniéndose en la fiesta o en la indiferencia. La Vida se realiza desde la renuncia al rango, desde la humildad, desde el abajamiento hasta ponerse a la altura de lo que está caído, roto, manchado o sufriendo. Es decir, La Vida sólo puede realizarse-crecer desde la compasión, o, como expresará simbólicamente Jesús con un chiquillo, colocando en el medio a lo pequeño y abrazándolo, haciendo propio lo pequeño para, desde ahí, hacerse último y servidor de todos.

El símbolo del pan entregado es claro en ese sentido, porque el pan sólo tiene sentido si es dado, entregado para que sea comido y proporcione energía-vida. Un pan no entregado, mantenido en una urna en el mostrador de la panadería o en la alacena de casa, acaba convirtiéndose en una piedra que no puede dar vida ni energía a nadie. Y para que la vida fluya, lo que se precisa es alimentarla, «energetizarla», como se subraya en las escenas evangélicas en las que Jesús comparte el pan-comida con alguien.

Aun así, es a la persona de Jesús a la que se llega por la atracción que en el interior de cada uno ejerce el Padre. El que se adhiere a él, ya no morirá jamás; la unión con Jesús es indestructible; superior a la muerte física².

² SECUNDINO CASTRO SÁNCHEZ, OCD. *Evangelio de Juan. Comprensión exegético-existencial*. Universidad Pontificia de Comillas. Ed. Desclée de Brouwer. Bilbao, 2001